LIBRO dot.com

TÍA BABETTE
RAINER MARIA RILKE



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

Tía Babette hizo otra profunda inspiración. El sol de la mañana guiñó, como un nieto díscolo, a través de las cortinas de tul inundadas de blancos reflejos, cogió el rayo más largo, rodeó, como con una pluma de oro, el blanco gorro de dormir y la frente muelle de la anciana, luego se estremeció y vibró sin cesar alrededor de los ojos, de los labios y de la nariz hasta que la tía hizo esa profunda inspiración y volvió tímidamente sus ojos enrojecidos y asombrados hacia la ventana: ¡Ah! Hizo un bostezo de bienestar y se estiró. A pesar del gesto perezoso, había en el sonido de ese bostezo algo de resuelto y concluyente: se hubiera dicho el rasgo que se trazara al pie de un trabajo acabado y logrado. ¡Ah...!

Volvió a cerrar los ojos y permaneció tendida con la expresión de alguien que acaba de tragar una cucharada de café azucarado o de decir una maldad que ha tocado. La pieza era clara y tranquila. El sol precipitaba allí más y más rayos, los clavaba como dardos vibrantes en las claras maderas del piso, en los resplandecientes veladores imperio, y algún trasgo se los devolvía, desde el fondo del espejo, en plena cara.

Como una lejana música de batalla, una orquesta de moscardones bordoneaba en las ventanas, acompañando el claro vaivén de ese gayo lanzador de dardos; el ligero susurro penetraba en el semisueño de la buena tía, y las frescas ondas de un reflejo de primavera borraban poco a poco las arrugas con rasgos sonrientes.

Parecía verdaderamente joven en el momento en que se erguía asaz enérgicamente en sus almohadas, y miraba a su alrededor en la habitación. Todas las cosas tenían no se sabía qué de brillante, de nuevo, y se regocijaba con ello. Un delicado perfume de jacintos se elevaba de las flores, que guarnecían la ventana y se mezclaba a un relente de lavanda que subía de sus almohadas. La vieja señorita echó una mirada rápida a la imagen de la virgen cuyas sombras tenían en pleno día reflejos verdes. Sus manos magras y duras describieron una rápida señal de la cruz e, inmediatamente después, regañó al canario dormido cuya jaula estaba suspendida sobre la ventana y que a pesar de la hermosa mañana no se decidía a cantar. Regresando de la ventana, sus miradas quedaron pegadas al canapé. Allí había, alineados cuidadosamente, un sombrero negro, con un ancho velo de crespón que caía a lo largo del respaldo como un torrente nocturno, un par de guantes negros, cada uno de su lado, como separados por alguna irremediable enemistad, un antiguo libro de

plegarias más negro aún, y, más lejos, dos pañuelos muy blancos brillaban en medio de todo ese duelo como una pareja de caballos blancos enganchados a la carroza fúnebre de una muchacha.

La tía contempló esos objetos con una mirada sorprendida, y todas las arrugas reaparecieron, como sombrías orugas, en su viejo rostro. Calculó: lunes 12, martes 13, miércoles 14, jueves 15, viernes 16. Y con un meneo de cabeza laso y resignado comprobó: hoy justamente, 16 de abril, viernes, es el séptimo aniversario de mi difunto hermano, el inspector de finanzas Johann August Erdmanner. Él tenía tres años más que ella y al morir en el rigor de los cincuenta, munido de los santos sacramentos, había dejado una viuda inconsolable y dos hijos menores. Había muerto por la tarde, a las cuatro, en el preciso instante en que todos habían salido para ir a tomar una taza de café. Y la habitación iluminada por un rayo de sol se desvaneció en los ojos de la vieja señorita. Recordó al excelente Johann, magro y reseco, y la joven viuda que había vivido apenas cinco años a su lado, y el doctor de cara purpúrea. (Y Herminia, la viuda, que osaba pretender que ese no bebía!) ¡Y la religiosa, que también entendía de tirar las cartas, en cruz!

¡Sí, ciertamente, las cartas le enseñaban todo a esa! ¡Y todo había sido tan hermoso al día siguiente! Aquellas columnas enteras en los diarios, y las visitas: todos esos rostros graves y bañados de lágrimas, la mezquina corona del avaro del propietario y todas las demás bellas; coronas. ¡Sí, había tenido un magnífico entierro el señor inspector de finanzas Johann August Erdmanner! Y se conmemoraba dignamente cada año el aniversario de su muerte. A las diez, toda la familia, con gran duelo, se reunía en la iglesia de la Asunción, con guantes negros, mejillas pálidas y ojos enrojecidos. Y durante todo el día, todos hablaban en voz baja y ronca, como ahogada, y se hacían solemnes signos de cabeza. Cuando penetraban en la cavernosa iglesia, agradecían a las viejas que tenían las hojas de la puerta, con una voz alterada por la emoción, y sumergían tan largamente sus guantes negros en el agua bendita que cada señal de la cruz dejaba al punto marcas negras sobre sus rostros sobresaltados y resignados. Los pañuelos blancos bajo los dedos doblados tenían el aire de asechar el momento de ser llevados a los ojos desbordantes de lágrimas. Tenían frecuente ocasión para ello. En el fresco rostro del propio sacerdote se dibujaban algunas arrugas dolorosas alrededor de los labios hartos, y se hubiera dicho que recogía con lengua recalcitrante las últimas gotas de un brebaje agrio. Cuando, un poco más tarde,

descendía las gradas del altar oscuro y su silueta se recogía abajo, como un pudding frustrado, y, acompañado por la voz del rojo oficiante, exclamaba con una voz hueca:

"¡Oremos, hermanos míos!", de toda la compañía sólo quedaba una confusa madeja de crespón y paño negro. La emoción había pasado como un tren sobre los sobrevivientes en duelo; estaban dispersos, entre los bancos lustrosos, como mutilados entre los rieles.

Todo eso habíase repetido seis años seguidos, y la vieja tía, sobre su almohada perfumada de lavanda, sabía que el hecho se reproduciría por séptima vez, exactamente igual.

Echó sobre el cuadrante de nácar del pequeño reloj imperio de péndola una mirada tan desesperada como si las agujas hubieran marcado su propia hora final. Quiso levantarse; pero tras un gesto brusco sus manos se deslizaron sin fuerza a lo largo del blanco edredón, como bajo el peso de un formidable iceberg. Sintió de nuevo en los riñones y en la espalda los dolores violentos que se manifestaran pocas semanas antes. Un estremecimiento recorrió su espalda; su cabeza estaba pesada y floja.

Palideció y gimió. Si, justamente así era como había muerto su padre; en una hermosa mañana, después de una mala noche. Y la anciana recordó de pronto que ella tampoco había pegado los ojos durante la noche última. No, no había pegado los ojos, estaba bien segura de ello. Un sudor helado brotó por todos sus poros. Y recordó que la buena hermana que tiraba tan bien las cartas había tenido que enjugar tantas veces, al acercarse la agonía, la frente de su pobre padre difunto.

¿Habíale llegado verdaderamente su turno? Con un gesto convulsivo, juntó las manos sobre el cobertor blanco.

El canario reanudaba sus trinos incesantes. Los jacintos parecían ya lasos, y el día claro y puro, se estiraba, ancho y frío, sobre el piso de madera.

Tía Babette sentíase soñolienta. Se preguntó de pronto: ¿cómo había muerto su padre? El esfuerzo que hacía para recordarlo arrugó su frente. Respiró: justamente así, lo habían traído. Había caído en síncope en la calle. Y ella pensó: no obstante es una gracia... así... en su lecho... Y no se movió más.

F I N